

Ernst Bloch en el laberinto de la distopía¹

Christian Retamal*

Introducción

Resulta extraño pensar la utopía al estilo de Ernst Bloch en un momento histórico que se caracteriza más bien por un ambiente distópico. Ello es más acentuado si se considera que escribo desde Chile. Un país que será uno de los más afectados por el cambio climático, que hoy vive una crisis ambiental, política, económica y que ha sido por 45 años el experimento neoliberal más radical del mundo.

En un plano más global, la actual pandemia, los fuertes cambios geoestratégicos que suponen un cambio en las áreas de influencia de las grandes potencias, entre otros muchos factores, han consolidado una expectativa pesimista y de temor ante el futuro que conforma un semblante sombrío. A diferencia del pasado caracterizado por la sensación de progreso, a pesar de las evidentes excepciones, hoy ya no confiamos en que la vida de nuestros hijos sea mejor que la nuestra. En suma, vivimos

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO “Herencias y perspectivas del marxismo”. Universidad de Santiago de Chile.

¹ El presente texto forma parte del proyecto Dicyt 031653RH, radicado en el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

tiempos distópicos y la esperanza utópica de la modernidad en todas sus variantes está en crisis, incluyendo la de Bloch.

Sin embargo, eso no es impedimento para volver a pensar la utopía en sus sentidos más radicales para evitar la catástrofe en la que estamos inmersos. Desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, se desarrolló toda una dialéctica entre utopía y distopía, al punto que no puede hoy entenderse una sin la otra. Y en ello Bloch es un autor central como veremos a continuación.

Bloch y el utopismo teleológicamente fundado

Ernst Bloch fue uno de los pensadores más interesantes de lo que se dio en llamar el marxismo occidental, siguiendo la distinción de Perry Anderson (1979), para diferenciarlo del marxismo soviético. Tuvo una influencia notable más allá del pensamiento marxista, proyectando su obra sobre los estudios relacionados con la religión y el psicoanálisis entre otras áreas. Ello justifica analizar la obra de Bloch desde nuestro peculiar contexto distópico. Una de las primeras cosas que llama la atención de Bloch es su optimismo teleológicamente fundado, cuestión heredada tanto de Hegel y Marx, pero muy poco común en el siglo XX. Para ello solo basta comparar *El principio esperanza* y *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno, así como la obra de Benjamin.

Mientras prácticamente la totalidad del pensamiento marxista estaba empantanado en lo que se conoce como la “melancolía de izquierda”, Bloch seguía aferrado al optimismo militante. La razón fundamental para ello es que ve a la utopía como uno de los motores principales del movimiento del Espíritu encarnado en la historia. En este sentido, la utopía es mucho más que el género literario iniciado por Tomás Moro y afianzado por Tomasso Campanella y Francis Bacon. La utopía para Bloch, como nos muestra en *El principio esperanza*, supera con mucho al género literario con el cual se le identifica y que incluso lo limita. En efecto, la utopía se presenta en múltiples expresiones culturales y en la memoria histórica de los oprimidos de la historia al punto que

se desarrolla un “clasicismo utópico”. Éste recoge la experiencia de las luchas emancipatorias del pasado que, a pesar de los fracasos, se mantienen latentes como semillas lanzadas al futuro a la espera que nuevas generaciones las recojan, se las apropien y reinterpreten y puedan transitar por los senderos perdidos de la utopía.

Ello permite que nuevas generaciones, en contextos culturales y épocas muy diferentes, puedan identificarse con el elemento trascendente de las luchas por la emancipación y la imagen de la utopía como promesa del futuro. Esta es la base de la feliz confluencia entre marxismo y utopía. Para el autor, el marxismo, salvó el núcleo racional de la utopía y con ello dejó de ser mera evasión ante el agobio del presente. Como se sabe, Bloch formuló la idea de la tradición cálida del marxismo frente a la tradición fría del economicismo, basada en el restrictivo análisis de las fuerzas productivas. Esto supone una relectura de la tradición del marxismo extremadamente heterodoxa, de suerte que podemos hablar de un marxismo utópico. Ambas tradiciones del marxismo -cálida y fría- pueden convivir dialécticamente. De acuerdo con el autor esto es posible, en parte, porque el clasicismo utópico rompe un aspecto fundamental de cómo la modernidad entiende el tiempo (su cronoestructura), en que el pasado está cerrado completamente, como lo “ya sido”, el presente como el instante fugaz y el futuro como el espacio de lo que aún no es. Bloch (2007, Vol. I, 196) ve la cronoestructura moderna como algo mucho más fluido e interconectado, ya que ha radicalizado la dialéctica hegeliana, Marx mediante².

De este modo, el marxismo utópico puede romper con los aspectos positivistas heredados del peso excesivo del análisis económico y político para centrarse en el “ser en la posibilidad”, que supone una lucha por lo nuevo que se condensa en el arquetipo del *summum bonum*, el cual se expresaría en la formulación de Marx sobre la humanización de la naturaleza y la naturalización de la humanidad, que implica el paso al

2 Bloch alude a Hegel (1990) quién indica: “Cada una de las partes de la filosofía es un todo filosófico, un círculo que se cierra sobre sí mismo... y el todo se presenta como un círculo de círculos” (p. 117).

Reino de la Libertad³. Este sería un nuevo estadio de desarrollo humano marcado por la posibilidad de crear nuevos horizontes de posibilidad, liberados de la escasez, la dominación, la pobreza y la ignorancia, lo cual implica el comienzo de la verdadera historia de la Humanidad. Lo anterior supone liberar al marxismo del empirismo y el economicismo y darle una visión filosófica revitalizada. En este sentido, Bloch apuesta por dar un paso atrás en la historia del propio marxismo para ver cuáles son las sendas perdidas y no transitadas que pudiesen ser fructíferas. Esta estrategia tuvo dos problemas fundamentales; la primera de ellas fue cómo interpretar y liberarse del peso del socialismo real, con el cual el propio Bloch estuvo enfrentado. El otro, más complejo aún, fue superar la “melancolía de izquierda”, que ya había invadido a gran parte de la teoría crítica y la izquierda en general.

Bloch y la melancolía de izquierda

Como ya he indicado, mientras Bloch desarrollaba una obra basada en el optimismo utópico, el resto de los pensadores de izquierda del llamado marxismo occidental luchaban con un conjunto de emociones muy diferentes. La caída de la República de Weimar, el ascenso del nazismo, la guerra civil española y los horrores de la II Guerra Mundial, así como el conocimiento tanto de la sociedad de masas estadounidense y el desarrollo del socialismo real fueron factores decisivos para sepultar la esperanza en una revolución socialista realmente emancipadora. Mucho antes Walter Benjamin formuló el concepto de “melancolía de izquierda” que logró una inesperada importancia a la hora del análisis político. En una breve reseña homónima de 1931, Benjamin criticó a uno de los más importantes intelectuales de la República de Weimar, indicando que su

³ El texto de Marx (1982) es este: “La esencia humana de la naturaleza no existe más que para el hombre social, pues sólo así existe para él como vínculo con el hombre, como existencia suya para el otro y existencia del otro para él, como elemento vital de la realidad humana; sólo así existe como fundamento de su propia existencia humana. Sólo entonces se convierte para él su existencia natural en su existencia humana, la naturaleza en hombre. La sociedad es, pues, la plena unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo realizado del hombre y el realizado humanismo de la naturaleza” (p. 618).

obra era representativa de una melancolía que afectaba a una parte significativa de la izquierda y que se caracterizaba por el pesimismo existencial y un radicalismo intelectual nihilista que producía una fuerte inacción política. (Benjamin, Walterm 1974).

Si bien se trata de una reseña literaria la reflexión de Benjamin es evidentemente política, en el sentido de cómo una parte importante de la izquierda se involucra en la creación de obras para la sociedad de masas las que pareciendo progresistas, carecen de valor transformador. Esta intelectualidad de izquierda radical, según Benjamin, crea modas y clichés en vez de organización política y corrientes de pensamiento. Pero lo más importante y característico de esta intelectualidad de izquierdas es su tono emocional melancólico, ajeno por completo al tono entusiasta del progresismo revolucionario de una Rosa Luxemburgo, un Gramsci o el propio Bloch.

Es necesario desarrollar lo que aquí significa, con precisión, “melancolía de izquierda” para comprender cómo se relaciona con la obra de Bloch. Para Benjamin, la “melancolía de izquierdas” supone *“situarse a la izquierda de cualquier posibilidad”* (1974). Significa también mantenerse encerrado en una negatividad ante el mundo al cual interpreta, pero no transforma. Esta noción de “melancolía de izquierda” ha sido rescatada por varios autores para comprender el fuerte impacto emocional por la caída del socialismo real y el desierto que queda luego de la presunta muerte de la utopía. En un plano más general, la “melancolía de izquierda” puede ser comprendida como una afección de la subjetividad moderna, producida por un conjunto de paradojas que, a su vez, se originan en la creciente importancia del utopismo. En efecto, la imposibilidad de concretarse de las utopías genera una crisis del pensamiento utópico que no es simplemente intelectual, sino, sobre todo es emocional y onto-política.

En un sentido más profundo conviene recordar que Sigmund Freud fue uno de los autores que con más lucidez abordó el significado de la melancolía. Para el autor, la melancolía es el resultado de un duelo mal resuelto por la muerte de un ser querido o una “abstracción equivalente”

que resulta muy significativa para quien la padece. Tales “abstracciones equivalentes” pueden tener un contenido político trascendente como la libertad, el progreso, la utopía, el relato de la Humanidad, etc. Para Freud (1991), la melancolía implica un ánimo profundamente doloroso, pérdida del interés por el mundo, una creciente incapacidad de amar, la disminución del amor propio y un auto tormento que concuerda con Benjamin en la idea de una estupidez atormentada (1974). El duelo es la reacción por la pérdida real de un objeto (una persona o una abstracción equivalente), en que finalmente se produce una aceptación de la pérdida y una reconciliación con el mundo. La melancolía, en cambio, supone la imposibilidad de la aceptación y la reconciliación. Además, la pérdida se proyecta desde el objeto real desaparecido a una pérdida producida en el propio yo, en el propio sujeto melancólico. De este modo, la melancolía conduce a la postración existencial, un debilitamiento del impulso de vivir, lo que puede terminar en el suicidio. Además, paradójicamente la melancolía, siguiendo a Freud (1991), puede estar oculta para quien la padece, por lo cual ignora las causas de su padecimiento e inacción.

Resumiendo lo anterior, lo que Freud formuló como una experiencia de los individuos, Benjamin lo extrapoló a una experiencia más amplia de colectivos políticos enteros (Retamal, Christian 2017). En este último sentido, la melancolía radica justamente en la muerte de la utopía como una abstracción equivalente a la pérdida de un ser querido. Al contraponer el planteamiento de Benjamin sobre la “melancolía de izquierda” extraña que Bloch pareciera no ser afectado por ella. Bloch efectivamente trató ampliamente el tema de la melancolía como un problema filosófico relacionado con la utopía, denominándola “la melancolía del cumplimiento” (Bloch, Ernst, 2007. Vol. 3, 225). Ésta sería una experiencia previa a la concreción de la utopía, como una marca en que la transición a la realización utópica también muestra su reverso de sombra, en que puede verse tanto el momento previo y posterior a la realización utópica. De este modo, la melancolía es el resultado de una neurosis utópica donde el logro utópico no está al nivel de lo que se sueña y desea, por lo que el excedente no realizado es fuente de padecimiento por “lo que pudo haber sido”. La sombra es la inconsistencia creada por el acto de imaginar largamente lo deseado y que no coincida con la imagen utópica.

Ante esto Bloch ve en la inconsistencia más que un problema un factor de dinamismo de la utopía que la impulsa a seguir mutando y creando nuevos contenidos desiderativos. En el fondo, Bloch responde a la melancolía con una especie de optimismo ontológico, en el sentido de que el impulso dialéctico se termina imponiendo y, por ello, toda melancolía y todo trance histórico es sólo un momento del desenvolvimiento de la realidad (Bloch, Ernst, 1984).

A propósito del famoso grabado de Durero *Melancolía I*, Bloch analiza la melancolía en un sentido más radical. La visión de una dura realidad cósmica que es la cara del nihilismo profundo en una escala que trasciende el mundo humano. El vacío de sentido crea un cierto terror y sufrimiento por la falta de suelo existencial. Pero Bloch viendo esta profundidad explica esta experiencia como un instante de un movimiento dialéctico más amplio del avance de la utopía (Bloch, Ernst, 2007. Vol. 3, 234). El mundo no se detiene y el sujeto, tarde o temprano, se pone en movimiento. De este modo, la utopía es un todo absoluto en que se prefigura en el Reino de la Libertad, lo que evidentemente diluye la melancolía, la cual queda acotada a un instante triste del movimiento del Espíritu. Dicho de otra manera, lo que el individuo particular vive como una tragedia, el Espíritu lo integra como parte de la fugacidad que ha superado.

En consecuencia, Bloch supera la melancolía en general y la “melancolía de izquierda” en particular, con un voluntarismo fundado teleológicamente. De este modo, el *telos*, la finalidad que da sentido a la trama de la historia y que se realiza mediante la lucha de los explotados de la historia, encuentra en la utopía la imagen del “summum bonnum”. Sin embargo, el agotamiento de las energías utópicas destruye el sentido de finalidad en la historia, sea cual sea el relato que usemos para justificarlo. Con ello también se diluye la idea de progreso y sobreviene un predominio distópico, que afecta con más fuerza al mundo de las distintas izquierdas. Sólo cabe recordar el impacto que tuvo el descubrimiento de los horrores del estalinismo para una parte significativa de la izquierda, cuestión que fue ampliándose hasta la caída del Muro de Berlín y la debacle del socialismo real. Como en un efecto dominó,

fueron impactados las ideas del socialismo, la justicia social, la igualdad e incluso la propia idea del cambio social. Por ende, argumentos para una generalizada “melancolía de izquierda” sobran. Si aceptamos la pérdida del fundamento teleológico, también deberemos aceptar la pérdida del optimismo militante de Bloch. Entonces, ¿cómo salir de la melancolía de izquierda? Freud respondió acertadamente esa pregunta: por el impulso a la supervivencia. La melancolía termina por resolverse en la destrucción del melancólico. Sólo cuando éste se da cuenta de la posibilidad cierta de morir, al igual que los seres queridos o las acciones equivalentes, puede eventualmente reaccionar y dar el paso atrás para salir del estado melancólico y retomar su vida.

Del mismo modo, la izquierda puede resolver su estado melancólico, percatándose del real estado de la catástrofe global y lo que implica para la vida. Por ende, no será el optimismo militante, basado en la teleología, lo que nos permita salir de la distopía. Esto no implica deshacerse de la utopía tal como la plantea Bloch, sino reformularla en otros términos.

¿Es posible salir del laberinto de la distopía?

Frente al planteamiento de Bloch, bien podemos preguntarnos por su vigencia en un momento histórico caracterizado por un semblante manifiestamente distópico. Como he indicado al principio, la actual pandemia, el anuncio de la irreversibilidad del cambio climático, el retorno del fundamentalismo religioso en distintas versiones y un largo y agobiante etc., nos muestran un evidente agotamiento de las energías utópicas de la modernidad. Cabe precisar dos cuestiones fundamentales; la crisis moderna, y en particular la de su energía utópica, está intrínsecamente relacionada con su núcleo ilustrado. En efecto, es la democracia, la libertad de expresión, los derechos humanos, el cosmopolitismo y las grandes ideologías derivadas de la Ilustración (primero el socialismo y ahora el liberalismo) lo que están en crisis. La ciencia y la tecnología moderna, el capitalismo y sus fuerzas productivas parecen impermeables y no estar en crisis. De modo que distinguir entre las crisis de la modernidad en general y la de la Ilustración en particular es necesario. Además, una

segunda precisión dice relación con las múltiples formas que adopta la diseminación global de la modernidad. En efecto, la cultura moderna se enraíza en los territorios, se híbrida con las culturas locales, las retraduce creando nuevas experiencias de ser modernos. Por ello, bien puede hablarse de modernidades de distinto signo (la modernidad europea, la estadounidense, la latinoamericana, la japonesa) que se relacionan de modos diferentes con su núcleo ilustrado (Beriain, Josetxo, 2005).

Ambas precisiones son importantes al considerar el planteamiento de Bloch, quién es un ilustrado de izquierdas que entiende y reconfigura la tradición filosófica desde el punto de vista de otra creación moderna que es la utopía. El fundamento teleológico, antes indicado, es parte de cómo la modernidad entiende la cronoestructura. Es cierto que la cultura moderna, en tanto heredera del judeocristianismo, hereda la visión lineal de la historia (el inicio del Génesis, la venida de Cristo, el Apocalipsis) y la combina con la concepción circular griega, creando una nueva cronoestructura, que es una espiral que se desarrolla dialécticamente que encuentra su mejor ejemplo en Hegel.

En esta nueva concepción del tiempo el punto orientador es el futuro, portador de la finalidad por la cual se articula el presente y se interpreta el pasado. La forma en que la teleología se manifiesta concretamente en la historia es el progreso y éste se expresaría de múltiples formas y en todas las áreas de la experiencia vital humana. Si aceptamos lo anterior y lo comparamos con nuestra realidad, podremos ver la contradicción evidente. En efecto el análisis prospectivo que no hace mucho hiciera Ulrich Beck (1998) respecto del surgimiento y predominio de problemas globales, ante los cuales las respuestas nacionales son insignificantes, se ha hecho realidad. Muchos de los problemas que nos aquejan superan las posibilidades de los Estados y muestra la necesidad de articulación y construcción de una gobernabilidad global que haga realidad el cosmopolitismo. Desde otro punto de vista, también muestra que la idea de Humanidad, aunque tenga entidad filosófica y jurídica en los derechos humanos, aún le falta mucho para encarnarse en un nuevo sentido común global. Frente a esto, la idea del trabajo que la utopía lleva a cabo en la historia nos suena como algo fuera de contexto ante el predominio

distópico y lo mucho que nos falta para manejar los desafíos civilizatorios que tenemos ante nosotros.

El problema del progreso nos lleva a la necesidad de replantear la formulación que Bloch recogió de Marx respecto de la humanización de la naturaleza y la naturalización del ser humano. La primera parte de ese proceso se ha llevado cabo conduciéndonos al borde del abismo ecológico. Se hace necesario una completa reformulación del concepto de progreso, en particular en sus dimensiones económicas y la idea de crecimiento y desarrollo. Desde la revolución industrial la humanización de la naturaleza se ha hecho bajo el paradigma del capitalismo, pero la experiencia del socialismo real no ha sido mejor en este aspecto, como lo demuestra las variadas catástrofes medioambientales y el extractivismo radical allí aplicado. La humanización de la naturaleza implica una revisión del concepto de lo humano. En efecto, la idea heredada del judeocristianismo y asumida como propia por la modernidad del hombre como amo de la naturaleza es inviable. La expresión de esta idea en el desarrollismo sin límites que conduce directamente a la distopía y no a la utopía. Por lo anterior, queda en el aire lo que podría significar en esta realidad distópica la naturalización del ser humano. La incógnita respecto de la humanización de la naturaleza nos lleva al misterio de lo que podría significar para nosotros, habitantes de la distopía, la naturalización de lo humano.

Sólo podemos, por ahora, intuir en qué consistiría tal proceso gracias a la estructura dialéctica con la cual Marx formuló este planteamiento. Tanto los seres humanos como la naturaleza están relacionados de modo indisoluble, por ahora. Incluso la posibilidad de poblar otros mundos pasa por reproducir allí la naturaleza como sustento y medio de desarrollo. Durante los últimos trescientos años hemos cambiado más como especie que en los últimos cinco milenios. Por ello, nuestra realidad humana se ha vuelto más fluida, de modo que definimos cada vez cuesta más. Ello porque, además, hemos entrado en un proceso de hibridación con la tecnología que acelera aún más nuestro cambio. Por otra parte, el retorno de la naturaleza no puede ser entendido dentro de los marcos del “romanticismo marxista”, como lo llama Löwy y Sayre (1992).

Los problemas ecológicos actuales nos imponen un giro radical desde la idea de progreso como un desarrollo infinito de las fuerzas productivas a una concepción de cuidadores de la naturaleza herida. El último informe del IPCC (2021) sobre la irreversibilidad del calentamiento global y su impacto sobre el planeta como sustento de la vida, impone la necesidad de un cambio de paradigma. Paradójicamente, los problemas generados por la industrialización moderna sólo pueden ser resueltos con la ayuda de los desarrollos tecnológicos modernos, así como del cambio del modelo económico social.

| A modo de conclusión abierta

Entonces ¿Podríamos justificar el optimismo de Bloch sobre la teleología moderna ante una realidad que se expresa más como un Apocalipsis en cámara lenta? Gran parte de los problemas globales son expresiones del progreso moderno y sus efectos perversos. Por ello, nuestra experiencia se aleja de la idea de una existencia mediada teleológicamente y se acerca a una vivencia de estar a la deriva. Este planteamiento no implica dejarse caer en los brazos de las corrientes posmodernas o del nihilismo. Por el contrario, significa abogar por una nueva Ilustración global más democratizadora, cosmopolita e integradora de las diversas culturas. Tenemos la tendencia a pensar la Ilustración en sus dimensiones más perniciosas, olvidando sus logros emancipadores que implican el igualitarismo, la democracia y los derechos que cotidianamente debemos defender. La dialéctica de la Ilustración históricamente ha creado paradojas en que colectivos enteros que fueron excluidos tomaron las herramientas y conceptos de la ilustración, los mezclaron con otros materiales y cosmovisiones, llevando a cabo nuevos procesos de ilustración. De este modo, el lento proceso de emancipación de las mujeres, la descolonización, así como otras muchas luchas emancipatorias, encuentran amplias raíces y bases de desarrollo en la propia Ilustración tal y como Bloch lo plantea en su idea del “clasicismo utópico”. Solemos olvidar las tradiciones radicales de la Ilustración de la que son depositarios el marxismo, así como las diversas corrientes del pensamiento utópico.

Ello no implica aceptar acríticamente esa herencia. Al contrario, hay que adaptarla al contexto distópico. Por eso debemos liberarnos de la idea de un desarrollo histórico teleológicamente fundado, como lo plantea Bloch. Eso también significa poner en tela de juicio el análisis de Bloch respecto de la herencia religiosa del cristianismo, ya que la apocalíptica y la visión profética sólo pueden acelerar la catástrofe (Bloch, 2002). Benjamin tenía razón cuando ironizaba señalando que dentro del muñeco llamado materialismo histórico había un enano llamado teología, que lo controlaba (Benjamin, 2000). Esto es lo que pasa en la obra de Bloch. Es cierto que su obra juega con la idea del ateísmo dentro del cristianismo, pero ambos son polos del mismo juego. En la propia obra de Bloch hay elementos de superación de la religión como experiencia existencial que resultan importantes destacar y desarrollar. Ningún residuo religioso puede aportarnos a la salida de la distopía. Por el contrario, las religiones son una fractura en el concepto de Humanidad desarrollado por las diversas corrientes de la ilustración radical.

En efecto, en momentos en que el fundamentalismo religioso campea globalmente y se convierte nuevamente en un peligro para la estabilidad y la paz global, no encontramos en las religiones caminos de salida. En un plano más global, el propio impulso utópico nos demanda una entrada en la mayoría de edad, como indica Kant (2013), pues supone liberarnos del mundo de las creencias. La mayoría de edad supone aceptar el inmenso peso de nuestra responsabilidad por nuestro destino colectivo como especie. No hay un Dios que intervenga en la historia humana, sólo humanos encontrándose.

Por otra parte hay que indicar que utopía y distopía no son dos términos antónimos. Por el contrario, hay una solución de continuidad entre ambos porque ambos conceptos forman parte de la dialéctica de la modernidad y en un plano más abstracto, filosófico si se quiere, también comparten cuestiones fundamentales. Ambos producen tonos emocionales con amplios impactos políticos, ambos orientan a la acción y ambos forman mapas cognitivos para comprender la realidad. He abordado en profundidad este punto en otra parte (Retamal, Christian, 2007). Mirado con la perspectiva histórica, el pesimismo de las *Tesis sobre la Historia*

de Benjamin ha resultado más acertado que *El principio esperanza* de Bloch. Pero ello no justifica deshacerse de Bloch. Muy por el contrario, Bloch nos resulta un pensador extremadamente útil, porque nadie penetró en el sueño utópico como él. Nos hizo consciente de una dimensión humana, que es la del deseo de reconciliación final de la historia en una totalidad racional. Ese no es un logro menor, por el contrario, a pesar del contexto distópico allí hay puertas poderosas de esperanza. Así como la modernidad recorrió el camino desde la imaginación utópica a la realidad distópica, también es posible el camino inverso; transitar desde lo distópico a nuevas imágenes de emancipación guiados por el pensamiento utópico.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- Beck, Ulrich (1998). ¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, Walter (1974). «Left-Wing Melancholy.» *Screen* 15.2: 28-32.
- Benjamin, Walter (2000) *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago: LOM Ediciones.
- Beriain, Josetxo (2005). *Modernidades múltiples*. Madrid: Anthropos.
- Bloch, Ernst (1984) *Entremundos en la historia de la filosofía*. Madrid: Taurus.
- Bloch, Ernst (2002). *Thomas Muntzer. Teólogo de la revolución*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Bloch, Ernst (2007). *El principio esperanza*. Vol. 1-2-3. Madrid: Trotta.
- Freud, Sigmund (1991). «Duelo y melancolía.» En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aire: Amorrortu.
- Hegel, G. W. F (1990). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. México: Porrúa.
- Intergovernmental Panel on Climate Change, IPCC (2021). *Climate Change 2021. The Physical Science Basis. Summary for Policymakers*. Global edition. (Consultado el 12 de septiembre de 2021: https://www.ipcc.ch/report/ar6/wg1/downloads/report/IPCC_AR6_WGI_SPM.pdf)

Kant, Inmanuel (2013). *¿Qué es la Ilustración? y otros escritos de ética, política e historia*. Madrid: Alianza.

Löwy, Michel. Sayre, Robert (1992). *Rebelión y melancolía. El romanticismo como contracorriente de la modernidad*. Madrid: Nueva visión.

Marx, Karl. (1982). Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. En *Escritos de juventud*. México: Fondo de Cultura Económica.

Retamal, Christian (2007). Ernst Bloch y la esperanza utópica de la modernidad. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*. 63 (237), 463-474. Recuperado a partir de <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/4543>.

Retamal, Christian (2017). La melancolía de izquierda y el utopismo espectral. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 72(271), 371-393. <https://doi.org/10.14422/pen.v72.i271.y2016.00>